

# La filosofía como actividad esencialmente humana

**Risieri FRONDI**

Con persistente frecuencia se oye preguntar a doctos e ignorantes: "¿Qué es la filosofía?". Durante veinticinco siglos no ha dejado de resonar por un instante la misma pregunta. Desde que los griegos la formularon por primera vez, no hubo época culta o inculta que no se la planteara. A través de la amplia ruta recorrida por la humanidad y luego de haberse levantado tantos edificios científicos y filosóficos que son las respuestas a innumerables problemas sobre el mundo y la vida, vuelve a plantearse en el siglo XX, exactamente la misma pregunta: "¿Qué es la filosofía?". Y no sólo se la plantea el filósofo, sino que aparece también en labios del científico y aun del hombre de la calle.

Pero, acaso esperaría el griego la misma respuesta que espera el filósofo moderno o contemporáneo? Puede tener dicha pregunta el mismo sentido en boca del hombre de la calle, del científico o del filósofo? No se necesita mucha agudeza de observación para darse cuenta de que la uniformidad de los términos del problema no corresponde a una uniformidad de contenido.

Señalar el sentido que tiene esta pregunta a través de la historia del pensamiento humano, implica nada menos que escribir una historia completa de la filosofía. La respuesta del filósofo, no podría expresarse sin enunciar integralmente el sistema filosófico de cada pensador; tal es la íntima vinculación existente en la problemática filosófica.

Renunciamos, pues, a indicar el sentido que tiene esta pregunta a través de su historia. Nos concretaremos a dilucidar el que tiene para nosotros —hoy en el siglo XX. Este sentido será distinto

—como ya lo señalamos— según seamos filósofos, científicos u hombres alejados de las inquietudes del pensamiento teórico.

Cuando pregunta el hombre de la calle “qué es la filosofía”, espera como respuesta: la filosofía es tal cosa. Asigna a esa pregunta el mismo sentido que a todas las que se formula en la vida diaria. Cuando se pregunta, qué es París?, se contesta: París es la capital de Francia. Mas con respecto a la filosofía nadie puede darle una respuesta concreta. Recibe contestaciones vagas; a veces contradictorias. Y ante la imposibilidad de obtener una respuesta que diga, “La filosofía es tal cosa”, el hombre de la calle —que no tiene capacidad para las cuestiones teóricas y por lo tanto no puede dar otro sentido a la pregunta— se decidirá por cambiar los términos de la formulación y se interrogará a sí mismo, y a los demás, de esta manera: Para qué sirve la filosofía?

Su sentido de lo práctico habrá vencido así aquella poca capacidad que tiene para lo teórico y la posibilidad de una respuesta concreta a esta última pregunta, justificará la substitución.

En la mayoría de los casos la respuesta a la pregunta, “para qué sirve la filosofía”, será negativa: la filosofía no sirve para nada. El hombre de la calle se deleita en repetir la definición de la filosofía dada por un espíritu burlón, que pudo encerrar en una sola proposición la respuesta a las dos preguntas enunciadas y que afirmó: “la filosofía es esa cosa con la cual o sin la cual uno se queda completamente igual”. Esta definición le satisface plenamente, por ser una definición de lo que la filosofía es, y al mismo tiempo responde a la segunda formulación: “para qué sirve la filosofía”.

Es innecesario señalar el error de la substitución de la primera pregunta por la segunda, así como la carencia de sentido de esta última. Quien se pregunta para qué sirve la filosofía no se apercebe de que este interrogante sólo tiene sentido si se considera a la filosofía como un medio para alcanzar un fin. Preguntar para qué sirve una cosa es asignarle a esa cosa un valor instrumental. A nadie se le ocurriría preguntar para qué sirve algo si no considera a ese algo como un medio para alcanzar un fin. Preguntar para qué sirve algo que es fin en sí mismo, no tiene sentido. Así, a nadie se le ocurriría preguntar para qué sirve la moral o el arte, porque la moral y el arte son fines en sí mismos. Y la filosofía comparte con la moral y el arte, el ser fin en sí mismos. Tiene, pues, razón el hombre de la calle al afirmar que la filosofía no sirve para nada, porque para nada puede servir lo que por su naturaleza no constituye un medio para lograr un fin. Claro está, que el hombre de la calle —y con

él muchas personas aparentemente cultas— no ven esta distinción y se felicitan de no entender nada de algo que no sirve para nada.

Aquí se ve en forma concreta cómo dentro de una pregunta se encierra una respuesta. En el planteamiento del problema: “para qué sirve la filosofía”, va implícita la respuesta de que sirve para tal o cual cosa, es decir, que es un medio para alcanzar un fin que está fuera de ella.

Dejemos aquí al hombre de la calle que se regocije con su propia ingenuidad, y tratemos de ver qué quiere significar el científico cuando se interroga sobre lo que es la filosofía.

Subrayo desde ahora que esta ingenuidad del hombre de la calle es compartida por el científico, si bien en un sentido distinto.

La ciencia consiste en la interpretación del mundo de acuerdo a entes racionales, a conceptos. El ideal del hombre de ciencia es llegar a definir los conceptos que constituyen la ciencia y que para él deben ser copia fiel de una realidad que tiene su existencia independientemente de nosotros. Cree el científico que el hombre posee un solo instrumento que puede aprehender la realidad tal cual es, y ese instrumento es la razón. Afirma que sólo por medio de la razón puede captarse la esencia de las cosas, y esta afirmación le lleva a menudo a sostener que no puede ser de otro modo, pues la realidad misma es racional. Considerada la matemática como la ciencia racional por excelencia, se oye afirmar a lo largo de la historia de la filosofía la matematicidad de lo real. El libro de la Naturaleza está escrito en caracteres matemáticos, afirma uno, y otro más atrevido aún llega a sostener que Dios es matemático.

Si la realidad es racional y es únicamente en el campo científico en donde se aplica con rigor el instrumento que el hombre posee para el conocimiento de esa realidad, toda otra forma de conocimiento, toda otra pretensión que tenga el hombre de llegar a la esencia de las cosas, será declarada improcedente por el científico. Entre estas formas improcedentes de conocimiento está la filosofía. Para muchos científicos la filosofía no es más que una ciencia que no ha llegado a su madurez. Recordemos la teoría de Augusto Comte, padre del positivismo moderno, sobre los tres estadios por los cuales ha pasado la humanidad. El momento metafísico es superado por el momento positivo o científico, en el que las obscuridades del primero se disipan a la luz de la ciencia positiva; de la razón que interpreta las leyes que emanan de los objetos mismos.

Para estos hombres de ciencia de fines del siglo pasado la filosofía es un momento que debe ser superado por ser una forma

imperfecta y oscura de conocimiento. Para ellos —como para el hombre de la calle— la filosofía no sirve para nada. Con el afán de que sirva para algo realizan una reconstrucción de la problemática filosófica, adjudicando a la filosofía una función dependiente de la ciencia. La filosofía debe limitarse a organizar y a sistematizar los principales resultados de las ciencias particulares; no tiene otra función y cuando desee apartarse de la señalada caerá en los errores y en los vicios de la mera especulación sin sentido.

Como vemos, los hombres del siglo XIX no tenían de la filosofía mejor opinión de la que tiene el hombre de la calle. Para ambos la filosofía —la verdadera filosofía— está constituida por un mero juego de palabras sin sentido.

Afortunadamente los hombres de ciencia del siglo XX no comparten las ideas de sus colegas del siglo anterior. El científico actual ha perdido —por lo menos en parte— la ingenuidad que tenía anteriormente. No cree ahora que la realidad sea tan fácil de atrapar y se da perfecta cuenta de que la ciencia está muy lejos de llegar a constituir un forma acabada y perfecta de conocimiento. Digo esto en honor a la verdad, porque he tomado como ejemplo de hombre de ciencia una especie ya acabada en la que se hallaban concentrados todos los vicios y toda la ingenuidad que pudiéramos imaginar. El científico actual ha perdido parte de esos vicios y de esa ingenuidad. Para él la filosofía —y en especial la metafísica— ha dejado de ser una mala palabra.

Después de este breve análisis podemos llegar a la conclusión de que la filosofía goza de muy poco favor entre los no filósofos. Las preguntas, qué es y para qué sirve la filosofía, reciben respuestas que no implican ningún elogio para esta disciplina que la humanidad elaboró sistemáticamente durante veinticinco siglos.

Veamos, ahora si entre los filósofos goza la filosofía de mayores consideraciones. Pero en realidad, no es esto lo que nos habíamos propuesto. No intentábamos hacer la apología de la filosofía, vista con ojos de filósofo, sino mostrar en qué consiste, es decir responder a la pregunta: “qué es la filosofía”.

Esta pregunta, analizada críticamente, nos revela una serie de caracteres que distinguen a la filosofía de las demás formas de conocimiento y especialmente de la ciencia.

Debemos preguntarnos, ante todo qué disciplina nos responderá al problema que nos hemos venido planteando. Si preguntamos: qué es la física, qué es la historia, o qué es la matemática, notaremos que no es la física ni la historia ni la matemática quienes res-

ponderán a estas preguntas. Es decir que la pregunta, qué es la ciencia, escapa siempre a los límites de la ciencia. ¿Sucede lo mismo con la pregunta, qué es la filosofía? Evidentemente no. Este problema es un problema filosófico; es decir es un problema que puede ser resuelto únicamente por el filósofo. Comprendemos ahora por qué fracasa lamentablemente el hombre de la calle y el del laboratorio cuando quiere resolverlo.

El determinar lo que la filosofía sea es una tarea que le compete a la misma filosofía. Hé aquí una primera distinción entre la filosofía y la ciencia. Las ciencias son incapaces de determinar lo que ellas son. Estudian ciertos objetos determinados, pero ellas no pueden decirnos qué son y cuáles son sus límites. En cambio la filosofía, además de estudiar un conjunto determinado de objetos, puede, sin extralimitarse en sus funciones, decirnos en qué consiste y cuáles son sus límites.

Pero no es esta la única diferencia entre la filosofía y la ciencia que puede desprenderse a través del examen del problema que nos hemos venido planteando. Si preguntamos a un grupo de químicos lo que es la química obtendremos, salvo pequeñas variantes, una respuesta uniforme. Pero al contrario si formulamos la pregunta: "qué es la filosofía" a un grupo de filósofos, difícilmente se nos darán dos respuestas semejantes. Y no sólo no se ponen los filósofos de acuerdo sobre lo que es o debe ser la filosofía sino que disputan con mucha frecuencia sobre lo que la filosofía ha sido. Es que responder a esta pregunta implica la respuesta a un sinnúmero de problemas, porque —y hé aquí otro acto peculiar de la filosofía— en esta disciplina los problemas se implican unos a otros sin poder determinar cuál es anterior a cuál.

Señalados ya algunos caracteres de la filosofía, desprendidos de la primera pregunta formulada, tratemos ahora de darle una respuesta.

Si observamos el panorama filosófico en un momento determinado o a través de su historia, notaremos que aparentemente no es posible responder a dicha pregunta, porque no nos encontraremos ya con "la" filosofía sino con "filosofías", en plural. Y si cambiando el sentido de la pregunta nos interrogamos en qué consiste el problema filosófico responderemos que dicho problema se nos aparece como un conjunto de problemas gnoseológicos, metafísicos, éticos, etc., y no como un problema único.

Al querer responder a nuestra primera pregunta caemos en esta otra: existe "la" filosofía?, en singular. Existe un problema filosófico? Muchos son los pensadores que han negado la existencia de "la"

filosofía, afirmando la existencia de “filosofías”. No vamos a entrar en la discusión de este problema. Sólo señalaremos nuestra creencia de que, en los distintos sistemas que constituyen la historia de la filosofía y que aparentemente se contradicen entre sí, es posible descubrir una línea común sobre la cual cada época y cada verdadero filósofo han descargado su aporte, más o menos grande.

Nos hemos referido a esta cuestión para mostrar cómo en filosofía un problema implica otro; cómo la solución de uno implica la solución —o por lo menos la plantea— de otro. La filosofía se nos presenta como un conjunto de problemas, de los cuales no se puede decir cuáles anterior a cuál. Es por esto por lo que a la filosofía se puede llegar por cualquier camino, pues todos son convergentes. Hay ejemplos numerosísimos de hombres que penetran en la filosofía por el camino de la ciencia; otros, no menos numerosos, se introdujeron por el camino de la religión. Es que a la filosofía llega todo aquél que no se declara satisfecho con las respuestas que dan la ciencia y la religión; todo aquél que no tenga ningún reparo en ir planteando problema tras problema, es decir, todo aquél que quiera buscar el fundamento último o la causa primera del mundo, de la vida, de sí mismo. Quien tenga este espíritu de no satisfacción con las respuestas provisionarias, quien quiera alcanzar la verdad última, quien sienta “la sed de lo absoluto”, no puede dejar de ser filósofo. Es en este sentido como podemos señalar la caracterización provisoria de la filosofía —todas las definiciones de la filosofía son provisionarias— como un saber sin supuestos.

La filosofía no tolera supuestos; esta es su característica esencial. Tiene la independencia más absoluta; ella misma se fija su contenido, sus límites, sus problemas y sus posibilidades. La actitud primordial de todo filósofo es renunciar a todo prejuicio, ser capaz de analizar los cimientos sobre los cuales se asientan todas nuestras creencias, y no contento con ello, tratar de ver si hay algo bajo esos cimientos. Por eso la actitud filosófica es circular; profundiza continuamente, y lo mismo que el viajero que navegando siempre hacia el este se nos aparece por el oeste, el filósofo se eleva a las cuestiones últimas profundizando las primeras.

La filosofía no puede ser definida. Definir es reducir a conceptos una realidad determinada. Y la filosofía se resiste a ser reducida a conceptos; porque la filosofía no es un mero conocimiento racional de algo. Es más bien una actitud espiritual, una manera de ser, una actitud frente al mundo. Por eso, más que de filosofía debemos hablar de filosofar. El filósofo es tal en tanto filosofa y no en tanto

“sabe” filosofía. La filosofía no se “sabe” en el sentido vulgar de la palabra “saber”; la filosofía se “vive”.

Por eso es imposible enseñar filosofía. Puede enseñarse una disciplina formada por proposiciones puramente racionales; pero no la filosofía que no es un saber puramente racional y por lo tanto intransmisible. La filosofía no se enseña, pero sí la filosofía se aprende. Aprender filosofía no es aprender lo que dijo fulano o mengano por más ilustre que sea. Aprender filosofía es aprender a filosofar; es aprender a estar frente al mundo en actitud resuelta y valiente, en interrogarle, en tratar de descubrir sus secretos sin conformarse con las soluciones que le ofrecen la ciencia y la religión. No es que la filosofía sea contraria a la ciencia y a la religión, sino que está en plano distinto. La ciencia y la religión tienen límites impuestos desde fuera; la filosofía no tiene límites, porque los que se impone a sí misma son siempre provisorios.

Sorprenderá que un profesor de filosofía afirme que esta disciplina no se enseña. Pero es así; la filosofía no se puede enseñar, es decir, no se puede enseñar como se enseñan la ciencia y la técnica.

Enseñar filosofía es enseñar a tomar la actitud filosófica; es enseñar a problematizar las cosas que nos rodean y a nosotros mismos; en una palabra es enseñar a filosofar. Para ello es necesario enseñar al discípulo a tomar esa actitud, sugerirle una manera de ser, inducirle a ver el mundo despojado de las contingencias particulares. Pero no se puede enseñar filosofía a quien ya no es filósofo, es decir, a quien no tenga ya una predisposición especial para mirar las cosas; a quien no sienta en sí mismo un impulso que lo lleve a preguntarse qué hay más allá de las cosas que nos rodean. De la misma manera que no puede enseñarse un arte a quien no tenga predisposición para él, o religión a quien no haya sentido dentro de sí la conmoción del misterio.

La filosofía no es, pues, un conjunto de proposiciones racionales, y menos aún un mero ropaje. La erudición filosófica no tiene sentido, porque la filosofía —ya lo dijimos anteriormente— no se sabe, sino que se vive. Se puede poseer un caudal enorme de conocimientos científicos; se puede dominar una técnica determinada, sin que ello implique, en absoluto, una modificación del ser mismo del hombre. Se sabe tal ciencia, igualmente se podría saber tal otra. Se domina tal técnica, igualmente se podría dominar cualquiera otra. Estos cambios no implican para nada cambios en la esencia del hombre que los sufre, porque la ciencia y la técnica no muerden la médula del ser hombre.

Con la filosofía sucede todo lo contrario. Ya Fichte nos dijo: “La Filosofía que se escoje depende del hombre que se es”. El ser filósofo implica una manera de ser hombre; y tener tal o cual posición frente a un problema filosófico determinado, quiere decir ser hombre de tal o cual manera.

Por eso los cambios de posición filosófica de un pensador, conmueven todo su ser, sacuden la esencia misma de su vida, pues las posiciones filosóficas no se escojen al azar; se llega a ellas después de recorrer arduo camino, movidos por un impulso vital.

La filosofía es, pues, ante todo, un “hacer” del hombre. En los animales observamos rudimentos de una técnica que se parece mucho a la humana, pero es absolutamente imposible concebir un animal, por más inteligente que nos parezca, que pueda plantearse un solo problema filosófico. Este “hacer” del hombre, que se llama filosofía, pone en juego la totalidad de la persona. Mal podría filosofar el hombre si dispusiera únicamente de la razón o sólo de las formas de la afectividad. La filosofía es una actividad irracional racionalizada. Su primer momento está constituido por el asombro. El asombro nos lleva a la problematización. Problematizar las cosas, he ahí la verdadera actitud filosófica. Su último momento es de carácter más bien racional y podría caracterizarse por el afán o el espíritu de sistematización. Del asombro a la sistematización se mueve la filosofía; de lo irracional a lo racional, pero siempre dentro de lo estrictamente humano.

La filosofía —repetimos— pone en juego la totalidad del hombre, en el sentido de que el espíritu trabaja íntegramente cuando filosofa. Además de esta característica que podríamos llamar de totalidad subjetiva, debemos señalar lo que por oposición podríamos llamar totalidad objetiva. Esta última es una distinción esencial que puede hacerse entre la filosofía y la ciencia. La realidad es única y total, pero ninguna ciencia se ocupa de ella en cuanto tal. Recuérdese la diversidad de ciencias que, por ejemplo, estudian esta mesa sobre la que escribo y que constituye una unidad total, o la diversidad de ciencias que estudian al hombre.

¿Qué es lo que hace la ciencia? La ciencia recorta de la realidad única e indivisible un aspecto determinado de la misma, para someterlo a estudio. Su primer momento es parcelar artificialmente la realidad por medio de la abstracción y luego cerrar los ojos a todos los otros aspectos que no le interesa, e imaginar que no está constituida más que por el que estudia.

En filosofía sucede todo lo contrario. La realidad conserva su integridad, pues es estudiada en su totalidad y no en determinados aspectos

tos. Por esta característica de la ciencia es por lo que en ella puede haber especialistas. En filosofía el especialista es inconcebible. Quien afirme que el filósofo es un especialista en generalidades, padece de ceguera espiritual.

La filosofía es, pues, el estudio de la realidad desde el punto de vista de la totalidad. Esta no es una definición de la filosofía, sino una caracterización más que debe agregarse a las ya enunciadas.

